

## De las costumbres, sitio y pueblos de la Germania\*

El Rin y el Danubio dividen a toda la Germania<sup>1</sup> de las Galias, las Retias y Panonias<sup>2</sup>, y de los Sármatas y Dacios<sup>3</sup> algunas montañas o el miedo que se tienen los unos a los otros. El Océano cerca los demás, abrazando grandísimas islas<sup>4</sup> y golfos, y algunas naciones y reyes, de que con la guerra se ha tenido noticia poco ha<sup>5</sup>. El Rin, saliendo de lo más alto e inaccesible de los Alpes de la Retia, y habiendo corrido un poco hacia Occidente, vuelve derecho hasta meterse en el Océano septentrional. El Danubio nace en la cumbre de Abnoba<sup>6</sup>, monte, aunque alto, no áspero, y habiendo pasado por muchas y diferentes tierras entra en el mar Póntico por seis bocas, que la séptima, antes de llegar al mar, se pierde en las lagunas.

Yo creería que los Germanos tienen su origen en la misma tierra, y que no están mezclados con la venida y hospedaje de otras gentes; porque los que antiguamente querían mudar de habitación las buscaban por mar y no por tierra; y de nuestro mar van muy pocas veces navíos a aquel grande Océano, que para decirlo así, está opuesto al nuestro. Y ¿quién quisiera dejar el Asia, África, o Italia, y por

---

\* Hemos sustituido las palabras Germania y Germanos a las de Alemania y Alemanes, que se hallan en la traducción española, de la misma manera que en la *Vida de Agrícola* hemos trocado las denominaciones de Ingleses e Inglaterra por las de Bretones y Bretaña. A cada cosa su nombre propio; y es preciso o ser exageradamente escrupuloso en materia de lenguaje e ignorar completamente la historia, para no ver que los vocablos que se refieren a naciones y pueblos más modernos no pueden emplearse para designar otros más antiguos.

<sup>1</sup> El documento más importante que poseemos acerca del estado de la Germania, entre la época en que comenzó a ser conocida del mundo romano y en la que fue conquistada, es sin duda la obra de Tácito. En ella hay que distinguir dos cosas: de un lado los hechos que Tácito recogió y describió; de otro las reflexiones que a ellos mezcla, el color de los que los reviste y el juicio que de ellos hace. Los hechos son exactos, y hay motivos fundados para creer que el padre de Tácito, y acaso él mismo, fue procurador en Bélgica, donde pudo recoger sobre la Germania noticias detalladas y datos precisos. Los documentos posteriores prueban la verdad material de sus relatos. En cuanto a su color moral, Tácito pintó a los Germanos como Montaigne y Rousseau a los salvajes, en un acceso de mal humor contra su patria; su libro es una sátira de las costumbres romanas, el arranque de un patriota filósofo que cree encontrar la virtud donde no halla ni la vergonzosa molicie ni la depravación sabia de una sociedad decrepita. No se crea sin embargo que sea todo falso, moralmente hablando, en esta obra inspirada por el enojo: la imaginación de Tácito es esencialmente robusta y veraz: "Cuando quiere simplemente describir las costumbres germanas, sin alusión al pueblo romano, sin comparación, sin deducir en ellas ninguna consecuencia general, es admirable y se puede dar entero crédito no sólo al dibujo, sino al color del cuadro: nunca ha sido pintada la vida bárbara con más vigor y más verdad poética. Únicamente cuando le asalta la idea de Roma, cuando habla de los bárbaros para avergonzar a sus conciudadanos, es cuando su imaginación pierde su independencia, su natural sinceridad y derrama un color falso sobre sus cuadros". GUIZOT, *Hist. de la civil. en Francia*.

<sup>2</sup> Mejor de la Retia y la Panonia. La primera de estas dos comarcas se extendía desde las fuentes del Danubio hasta el Rin; la segunda situada a la derecha de aquel río, comprende parte de lo que actualmente forman los estados de Alemania y Hungría.

<sup>3</sup> Los Dacios, pueblo de la familia de los Tracios, habitaban al Norte del Danubio y al Este de la Germania, de la cual les separaba uno de los ramales de los Cárpatos. Al Norte de los Dacios estaban los Sármatas, nación eslava que se extendía de un lado a lo largo del Vístula hasta el Báltico, y del otro hasta el Tanais y el Volga, ocupando la Polonia y parte de la Rusia.

<sup>4</sup> Probablemente las islas de la Dinamarca y la Escandinavia que, mal conocidas entonces, era tenida por una isla.

<sup>5</sup> Alusión a las expediciones de Druso y Tiberio, hijastros de Augusto.

<sup>6</sup> Esta montaña llamada en el día *Abenaiser Gebirge*, forma parte de la Selva Negra.

miedo de los peligros de un mar horrible y no conocido ir a buscar a Germania, tierra sin forma de ello, y de un áspero cielo, y de ruin habitación y triste vista, sino es para los que fuere su patria? Celebran en versos antiguos (que es sólo el género de anales y memoria que tienen) un dios llamado Tuiston<sup>7</sup>, nacido de la tierra, y su hijo Manno, de los cuales, dicen, tiene principio la nación. Manno dejó tres hijos, de los nombres de los cuales se llaman Ingevones<sup>8</sup> los que habitan cerca del Océano, y Herminones los que viven tierra adentro, y los demás Istevones. Bien que otros, con la licencia que da la mucha antigüedad de las cosas, afirman que el dios Tuiston tuvo más hijos, de cuyos nombres se llamaron así los Marsos, Gambrivios, Suevos, Vándalos, y que estos son sus verdaderos y antiguos nombres. Que el de Germania es nuevo y añadido poco ha: porque los primeros que pasaron el Rin y echaron a los Galos de sus tierras se llamaban entonces Tungros, y ahora se llaman Germanos. Y de tal manera fue prevaleciendo el nombre de aquella nación que primero había pasado el Rin, que dio nombre a toda la gente: y todos los demás al principio tomaron el nombre de los vencedores, por el miedo que causaban, y se llamaban Tungros: y después inventaron ellos mismos propio y particular nombre, y se llamaron universalmente Germanos.

También cuentan que hubo un Hércules en esta tierra y le dan el primer lugar entre los hombres de valor. Antes de entrar en las batallas, para animarse, cantan ciertos versos, cuyo son llaman bardito, por el cual adivinan qué suceso han de tener: porque o se hacen temer o tienen miedo, según más o menos bien responde y suena el escuadrón: y esto en ellos es más indicio de valor que armonía de voces. Desean y procuran con cuidado un son áspero y espantable, y para ello ponen los escudos delante de la boca para que, detenida la voz, retumbe y sea más bronca. Piensan algunos que Ulises en su larga y fabulosa navegación, en que anduvo vagando, llegó a este Océano, y que entró en Germania, y que fundó en ella a Asciburgio<sup>9</sup>, lugar asentado en la orilla del Rin, y habitado hoy día, al cual llamó Lecipnrtwp<sup>10</sup> y que en tiempos pasados se halló allí un altar consagrado a Ulises, en que también estaba escrito el nombre de Laertes, su padre. Y que en los confines de Germania y Retia se ven hoy día letras griegas en monumentos y sepulcros. Pero no quiero confirmar esto con argumentos, ni menos refutarlo; cada cual crea o no lo que quisiere, conforme a su ingenio.

Yo soy de la opinión de los que entienden que los Germanos nunca se unieron en casamiento con otras naciones, y que así se han conservado puros y sencillos, sin parecerse sino a ellos mismos. De donde procede que un número tan grande de gente tienen casi todos la misma disposición y talle, los ojos azules y fieros, los cabellos rubios, los cuerpos grandes y fuertes sólo para el ataque violento, pero no tienen el mismo sufrimiento en el trabajo y fatigas; no son sufridos de calor y sed; pero llevan bien el hambre y el frío, como acostumbrados a la aspereza e inclemencia de tal suelo y cielo.

La tierra, aunque hay diferencia en algunas partes, es universalmente de vista horrible por los bosques, y fea y manchada por las lagunas que tiene. Por la parte

---

<sup>7</sup> Según Bürnouf, esta denominación es lo más exacta, ya que se acerca más a las de *Teut*, de donde se deriva la de Teutones, con que se designa en la actualidad a los Alemanes.

<sup>8</sup> Estos pueblos habitaban la costa del Océano hasta la Jutlandia. Plinio cuenta entre ellos a los Cimbrios, Teutones y Cáucos, pone a los Istevones cerca del Rin, y coloca entre los Herminones, los Suevos, Hermonduros, Catos y Queruscus.

<sup>9</sup> Asburgo o Asberg, cerca de Mærs, sobre el Rin.

<sup>10</sup> Nombre griego de Asciburgio.

que mira las provincias de las Galias es más húmeda, y por la que mira al Nórico<sup>11</sup> y Panonia, más barrida por los vientos. Es fértil de sembrados, aunque no produce frutales; tiene abundancia de ganados, pero no de aquella grandeza y presencia que en otras partes: ni los bueyes tienen su acostumbrada hermosura, ni la alabanza que suelen por su frente<sup>12</sup>. Huélganse de tener mucha cantidad, por ser esas solas sus riquezas y las que más les agradan. No tienen plata ni oro, y no sé si fue benignidad o rigor de los dioses el negárselo. Con todo no me atrevería a afirmar, no habiéndolo nadie escudriñado, que no hay en la Germania venas de plata y oro. Cierto es que no se les da tanto como a nosotros por la posesión y uso de ello: porque vemos que de algunos vasos de esos metales que se presentaron a sus embajadores y príncipes no hacen más caso que si fueran de barro. Bien es verdad que los que viven en nuestras fronteras, a causa del comercio, estiman el oro y la plata, y conocen y escogen algunas monedas de las nuestras; pero los que habitan la tierra adentro comercian más sencillamente, y siguen la costumbre antigua de trocar unas cosas por otras. Los que toman monedas las quieren viejas y conocidas como son bigatos y serratos<sup>13</sup>; y se inclinan más a la plata que al oro, no por afición particular o preferencia, sino porque el número de las monedas de plata es más acomodado para comprar menudencias y cosas usuales.

No tienen hierro en abundancia, como se puede colegir de sus armas. Pocos usan de espada ni lanzas largas, pero tienen ciertas astas, que ellos llaman *frameas*, con un hierro angosto y corto, pero tan agudo y tan fácil de manejar, que se puede pelear con ellas de lejos y de cerca, según la necesidad. La gente de a caballo se contenta con un escudo y *framea*; la infantería se sirve también de armas arrojadas, y trae cada uno muchas, las cuales tiran muy lejos. Andan desnudos, o con un sayo ligero. No usan adornos en su traje. Sólo traen los escudos muy pintados y de muy escogidos colores. Pocos traen lorigas, y apenas se halla uno o dos con morrión o celada. Los caballos no son vistosos ni ligeros, ni los enseñan a volver a una mano y a otra, y a hacer caracoles, según nuestra usanza: de una carrera derecha, y volviendo a una mano todos en tropa, hacen su efecto con tanto orden, que ninguno se queda atrás. Y todo bien considerado, se hallará que sus mayores fuerzas consisten en la infantería; y así pelean mezclados; porque se conforma bien con el paso de los caballos la ligereza de los infantes que se ponen en el frente del escuadrón, por sus mancebos escogidos entre todos. Hay un número señalado de ellos; de cada pueblo ciento; y tienen entre los suyos este nombre "del centenar" quedando por título la dignidad y honra lo que al principio no fue más que número. El escuadrón se compone de escuadras formadas en cuña. El retirarse, como sea para volver a acometer, tienen más por ardid y buen consejo que por miedo. Retiran sus muertos aún en el momento en que está en duda la batalla. El mayor delito y flaqueza entre ellos es dejar el escudo. Y los que han caído en tan ignominia no

---

<sup>11</sup> O la Nórica. Comarca que se extendía, según D´Anville, a lo largo de la ribera meridional del Danubio, desde la embocadura del Inn hasta el monte Cetio, que se hunde en un recodo que forma aquel río un poco más debajo de Viena, y que abrazando la parte superior del curso del Drave y abarcando lo que es en el día la Carintia y la Estiria, estaba limitado al Sur por los Alpes. El Nórico pasó a ser provincia romana bajo el reinado de Augusto.

<sup>12</sup> Según Pichenas, que son de pequeños cuernos. - Cornua... poetica, non quod iis deesent cornua, sed non tam magna nec tam camura, aut patula aut licina quam italica habebant. - *Orelli*.

<sup>13</sup> Monedas de plata cortadas en forma de sierra, *serrati*, y que tienen impreso un carro con dos caballos, *bigati*.

pueden hallarse presentes a los sacrificios ni juntas, y muchos, habiéndose escapado de la batalla, acabaron su infamia ahorcándose.

Eligen sus reyes por la nobleza, pero sus capitanes por el valor. El poder de los reyes no es absoluto ni perpetuo. Y los capitanes, si se muestran más prontos y atrevidos, y son los primeros que pelean delante del escuadrón, gobiernan más por el ejemplo que dan de su valor y admiración de esto, que por el imperio o autoridad del cargo: mas el castigar, prender y azotar no se permite sino a los sacerdotes; y no como por pena, ni por mandado del capitán, sino como si lo mandara Dios, que ellos creen que ayuda a los que pelean. Condicionan a la guerra algunas imágenes e insignias que sacan de los bosques sagrados y lo que principalmente los incita a ser valientes y esforzados es, que no hacen sus escuadras y compañías de toda suerte de gentes, como se ofrecen acaso, sino que las constituyen de cada familia y parentela al entrar en la batalla tienen cerca sus prendas más queridas, para que puedan oír los alaridos de las mujeres y los gritos de los niños: y éstos son los fieles testigos de sus hechos, y los que más alaban y engrandecen. Cuando se ven heridos, van a enseñar sus heridas a sus madres y a sus mujeres, y ellas no tienen pavor de verlas ni de chuparlas<sup>14</sup>, y en medio de la batalla les llevan alimentos y los animan con exhortaciones.

De manera que algunas veces, según ellos cuentan, han restaurado las mujeres batallas ya casi perdidas, haciendo volver los escuadrones que se inclinaban a huir, con la constancia de sus ruegos, y con ponerles delante los pechos, y representarles el cercano cautiverio que se esto se seguiría, el cual temen mucho más impacientemente por causa de ellas: tanto, que se puede tener mayor confianza de las ciudades que entre sus rehenes dan algunas doncellas nobles. Porque aún se persuaden que hay en ellas un no sé qué de santidad y prudencia, y por esto no menosprecian sus consejos, ni estiman en poco sus respuestas. Así lo vimos en el imperio del divino Vespasiano, que algunos tuvieron mucho tiempo a Velada<sup>15</sup> en lugar de diosa. Y también antiguamente habían venerado a Aurinia y a otras muchas, y esto no por adulación, ni porque ellos las hiciesen diosas<sup>16</sup>, sino por tenerlas por tales.

Reverencian a Mercurio sobre todos los dioses, y ciertos días del año tienen por lícito sacrificarle hombres para aplacarle. A Hércules y a Marte les ofrendan sacrificios de animales permitidos. Parte de los Suevos adora a Isis<sup>17</sup>; pero no he podido averiguar de dónde les haya venido esta religión extranjera; aunque la estatua de la diosa hecha en forma de nave libúrnica, muestra el lado por el mar. Piensan que no es decente a la majestad de los dioses tenerlos encerrados entre paredes, o darle figura humana. Les consagran muchas selvas y bosques y dan nombres de dioses a aquellos lugares secretos, que miran solamente con veneración.

---

<sup>14</sup> Tácito no dice tanto. El mismo traductor cita esta versión: *y preguntarles si las traen*, a la cual hubiera debido atenerse.

<sup>15</sup> Véase lo que acerca de esta mujer extraordinaria dice el mismo Tácito en sus *Historias*, lib. IV, 61.

<sup>16</sup> Esto es sin duda una alusión satírica contra el Senado, que había puesto entre las diosas a Drusilla, hermana de Calígula, y a la hija de Nerón y de Popea.

<sup>17</sup> El abate Fonteneau cree que el culto de Isis pudo ser llevado a la Galia por colonias fenicias y por las inmigraciones dorias y foceas, y que de allí pasaría más tarde a la Germania. En Egipto, en Grecia y en Roma, Isis era considerada como una de las primeras divinidades del mar, hallándose designada en muchas inscripciones con el nombre de *Pelagia*, lo que explicaría naturalmente por qué se la representa entre los Germanos bajo la forma de un buque.

Observan, como los que más, los agüeros y suertes; pero las suertes son sin artificios. Cortan de algún frutal una varilla, la cual hecha pedazos y puesta en cada uno cierta señal, la echan, sin mirar cómo, sobre una vestidura blanca; y luego el sacerdote de la ciudad, si es que se trata de negocio público, o el padre de familia, si es de cosa particular, después de haber hecho oración a los dioses, alzando los ojos al cielo, toma tres palillos, de cada vez uno, y hace la interpretación según las señales que precisamente les habían puesto. Y si las suertes son contrarias, no tratan más aquel día del negocio, y si son favorables, procuran aún confirmarlas por agüeros: y también saben ellos adivinar por el vuelo y canto de las aves. Mas es particular de esta nación observar las señales de adivinanzas, que para resolverse sacan de los caballos de esta manera. Estos se sustentan del público en las mismas selvas y bosques sagrados, todos blancos y que no han servido en ninguna obra humana, y cuando llevan el carro sagrado, los acompañan el sacerdote y el rey o príncipe de la ciudad, y consideran atentamente sus relinchos y bufidos. Y a ningún agüero dan tanto crédito como a éste, no solamente el pueblo, sino también los nobles y grandes y los sacerdotes; los cuales se tienen a sí por ministros de los dioses, y a los caballos por sabedores de la voluntad de ellos. Observan asimismo otro agüero para saber el suceso de las guerras importantes. Procuran coger, como quiera que sea, uno de aquella nación con quien han de hacer la guerra, y le hacen entrar en batalla con uno de los más valientes de los suyos, armado cada cual con las armas de su tierra, y según la victoria del uno o del otro, juzgan lo que ha de suceder.

Los príncipes resuelven las cosas de menor importancia, y las de mayor se tratan entre todos; pero de manera que, aún aquellas de que toca al pueblo el conocimiento, las traten y consideren primero los prohombres y príncipes. Se reúnen a tratar de los negocios públicos, si no sobreviene de repente algún caso no pensado, en ciertos días fijos, como los de luna nueva, o luna llena; que este tiempo tienen por el más favorable para emprender cualquier cosa. No cuentan que la noche guía al día. Un defecto que proviene de su libertad, consiste en que no se juntan todos de una vez, ni al plazo señalado, y así suelen gastar dos o tres días aguardando los que han de venir. Siéntanse armados y cada uno como le agrada. Los sacerdotes mandan que se guarde silencio, y todos los obedecen, porque tiene entonces poder de castigar. Luego oyen al rey o al príncipe, que les hacen los razonamientos según la edad, nobleza o fama de cada uno adquirida en la guerra, o según su elocuencia, teniendo más autoridad de persuadir que poderío de mandar. Si no les agrada lo propuesto, contradícenlo haciendo estruendo y ruido con la boca; pero si les contenta, suenan y sacuden las frameas, dando con ellas en los escudos que tienen en las manos. Que entre ellos es la más honrada aprobación la que se significa con las armas.

Puede cualquiera acusar en la junta a otro, aunque sea de crimen de muerte. Las penas se dan conforme a los delitos. A los traidores y a los que se pasan al enemigo los ahorcan de un árbol, y a los cobardes e inútiles para la guerra y a los infames que usan mal de su cuerpo los ahogan en una laguna cenagosa, echándoles encima un zarzo de mimbres. La diversidad del castigo tiene por fin enseñar que conviene que las maldades, cuando se castigan, se muestran y manifiesten a todos, pero los pecados que proceden de flaqueza de ánimo deben de ocultarse, aún en la pena de ellos. Por delitos menores suelen condenar al pago de cierto número de caballos y ovejas, de que la una parte toca al rey o a la ciudad, y la otra al ofendido o a sus deudos. Eligen también en la misma junta los príncipes, que son los que

administran justicia en las villas y aldeas. Asisten con cada uno de ellos cien hombres escogidos de la plebe<sup>18</sup>, que les sirven de autoridad y consejo.

Siempre están armados cuando tratan alguna cosa, ya sea pública o particular, pero ninguno acostumbra traer armas, antes que la ciudad le proponga por apto para ello a la junta, en la cual uno de los principales, o su padre o algún pariente le adornan con un escudo y una framea. Esta es entre ellos la toga, y el primer grado de honra de la juventud. Hasta entonces se tienen por parte de la familia, y de allí adelante de la república. Eligen algunas veces por príncipe algunos de la juventud, ya por su insigne nobleza o por los grandes servicios y merecimientos de sus padres. Y éstos se juntan con los más robustos<sup>19</sup>, y que por su valor se han hecho conocer y estimar; y ninguno de ellos se avergüenza de ser camarada de los tales y de que se los vea entre ellos; antes hay en la compañía sus grados los cuales son discernidos, por parecer y juicio del que siguen. Los compañeros del príncipe<sup>20</sup> procuran por todas vías alcanzar el primer lugar cerca de él; y los príncipes ponen todo su cuidado en tener muchos y muy valientes compañeros. El andar siempre rodeados de una cuadrilla de mozos escogidos es su mayor dignidad y son sus fuerzas; que en la paz les sirve de honra y en la guerra de ayuda y defensa. Y el aventajarse a los demás en número y valor de compañeros, no solamente les da nombre y gloria con su gente, sino también con las ciudades comarcanas: porque éstas procuran su amistad con embajadas, y los hombres con dones; y muchas veces basta la fama para acabar las guerras, sin que sea necesario llegar a ellas.

Cuando se viene a dar batalla, es deshonra para el príncipe que se le aventaje alguno en valor, y para los compañeros y camaradas no igualarle en el ánimo. Y si acaso el príncipe queda muerto en batalla, el que de sus compañeros sale vivo de ella es infame para siempre: porque el principal juramento que hacen es defenderle y guardarle, y atribuir también a su gloria sus hechos valerosos. De manera que el príncipe pelea por la victoria, y los compañeros por el príncipe. Cuando su ciudad está largo tiempo en paz y ociosidad, muchos de los mancebos nobles de ella se van a otras naciones donde saben que hay guerra, porque esta gente aborrece el reposo, y en las ocasiones de mayor peligro se hacen más fácilmente hombres esclarecidos. Y los príncipes no pueden sustentar aquel acompañamiento grande que traen sino con la fuerza y con la guerra: porque de la liberalidad de su príncipe sacan ellos, el uno un buen caballo, y el otro una framea victoriosa y teñida en la sangre enemiga. Y la comida y banquetes grandes, aunque mal ordenados, que les hacen cada día, les sirven por sueldo. Y esta liberalidad no tienen de qué hacerla sino con guerra y robos. Y con peligro de ser muertos o heridos, que a labrar la tierra y esperar la cosecha y suceso del año. Y aún les parece flojedad y pereza adquirir con sudor lo que se puede alcanzar con sangre.

---

<sup>18</sup> Muchos críticos han creído, y no sin fundamento, que la palabra *centeni* era una glosa añadida al texto. En este caso se podría considerar a los *comités* como una especie de regidores, si más adelante el autor no dice a esos mismos *comités* todos los caracteres del *comitatus*. ¿Es empero posible que dos instituciones tan distintas hayan sido confundidas por Tácito? (SAVIGNI, *Hist. del derecho romano en la Edad Media*, t. I).

<sup>19</sup> Véase sobre estos compañeros de que habla Tácito, la traducción y el comentario de Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, XIX, 3.

<sup>20</sup> Entre los Germanos, dice Montesquieu, había vasallos y no feudos, porque los príncipes no tenían tierras que darles; o por mejor decir, los feudos eran caballos de batalla, armas y comidas. Había vasallos porque había hombres fieles que estaban ligados por su palabra, que estaban obligados a la guerra y que prestaban poco más o menos los mismos servicios a que estuvieron después sujetos por los feudos. (*Espíritu de las leyes*, lib. XXX, capítulo III).

Cuando no tienen guerras se ocupan mucho en cazar, pero más en la ociosidad, y en comer y dormir, a que son muy dados. Ningún hombre belicoso y fuerte se inclina al trabajo, sino que dejan el cuidado de la casa, y hacienda y campos a las mujeres y viejos, y a los más flacos de la familia. Ellos tienen maravillosa diversidad de naturaleza. Que unos mismos hombres amen tanto la ociosidad y estar holgando, y aborrezcan el reposo! Es costumbre en las ciudades que cada vecino dé voluntariamente al príncipe cada año algún ganado o parte de sus frutos, y aunque éstos lo tienen por honra, con todo les viene bien para sus necesidades. Estiman mucho los presentes de las gentes comarcanas, los cuales les envían no solamente los particulares, sino también las ciudades, y son caballos escogidos, armas grandes, jaeces y collares: y nosotros también los hemos acostumbrado a recibir dinero.

Cosa sabida es que ninguno de los pueblos de Germania habita en ciudades cercadas, ni sufren que sus casas estén arrimadas unas a otras. Viven divididos y apartados unos de otro, donde más les agrada, allí donde un manantial o el bosque son de su agrado. No hacen sus aldeas a nuestro modo, juntando y trabajando todos los edificios: cada uno cerca su casa con cierto espacio alrededor, o por remedio contra los accidentes del fuego, o porque no saben edificar. No usan de paredes de piedra, ni de tejas, sino que para todo se sirven de los materiales toscos, y sin procurar con el arte que tengan hermosura, ni que puedan causar deleite. Cubren algunos lugares de una tierra tan pura y resplandeciente que imitan la pintura y los colores. También suelen hacerse cuevas debajo de tierra, las cuales cubren con mucho estiércol, que les sirven para retirarse en invierno y recoger allí sus frutos: porque los defienden del rigor del frío, que con esto se ablanda; y si alguna vez el enemigo entra en la tierra, destruye y lleva lo que halla a mano, y no llega a lo que está escondido y debajo de tierra, o por no saber dónde está, o por no detenerse a buscarlo.

El vestido de todos ellos es un sayal o albornoz que cierran con una hebilla, con una espina o cosa semejante, y sin poner otra cosa sobre sí, permanecen todo el día al fuego. Los más ricos se diferencian en el traje, pero no traen el vestido ancho, como los Sármatas y Partos, sino estrecho, y de manera que descubre la hechura de cada miembro. También usan pieles de fieras, los que están cerca de la ribera del Rin sin ningún cuidado de esto, pero los que viven tierra adentro, con más curiosidad, como quien no tiene otro traje aprendido con el comercio y trato de los nuestros. Escogen las fieras, y las pieles que les quitan adornan con manchas que les hacen, y con otras de monstruos marinos que engendra el Océano más septentrional y el mar que no conocemos. Las mujeres usan el mismo hábito que los hombres, sino que sus vestidos las más veces son de lienzo, teñidos con labores de púrpura, y sin mangas; porque traen descubiertos los brazos y las espaldas, y la parte también superior del pecho.

Y con todo se guardan estrechamente entre ellos las leyes del matrimonio, que es lo que sobre todo se debe alabar en sus costumbres. Porque los bárbaros casi solos ellos se contentan con una mujer, sino son algunos de los más principales, y eso no por apetito desordenado, sino que por su mucha nobleza desean todos emparentar con ellos por el casamiento. La mujer no trae dote: el marido se la da. Y los padres y parientes de ella se hallan presentes, y aprueban los dones que la ofrece: y no son cosas buscadas para los deleites y regalos femeniles, no conque se componga y atavíe la novia, sino dos bueyes y un caballo enfrenado, con un escudo, una framea y una espada. Con estos dones recibe el marido a la mujer, y ella asimismo presenta al marido algunas armas. Este tienen por el vínculo más estrecho que hay entre ellos, y por el sacramento y dioses de sus bodas. Todas las cosas en el

principio de sus casamientos están avisando a la mujer que no piense que ha de estar libre, y no participar de los pensamientos de virtud, y valor y sucesos de las guerras, sino que entra por compañera de los trabajos y peligros del marido, y que ha de padecer y atreverse a lo mismo que él en paz y en guerra. Esto significan los dos bueyes en un yugo, y el caballo enjaezado y las armas que les dan. Que de esta manera se ha de vivir y morir, y que lo que recibe lo ha de volver bueno y entero como se lo dieron, a sus hijos; pues es digno de que lo reciban sus nueras, para que otra vez lo den a sus nietos.

Su propia castidad las guarda, sin que las pervierta la vista y ocasiones de los espectáculos y fiestas, ni los incentivos de los banquetes. Y no ayuda poco que ni ellas ni los hombres saben leer ni escribir, ni usar del secreto de esto para comunicarse. Hay pocos adulterios, en una nación tan numerosa; el castigo es inmediato y corre a cargo del marido, el cual, después de haberle cortado los cabellos en presencia de los parientes, la echa desnuda de casa y la va azotando por todo el lugar<sup>21</sup>. Tampoco se perdona a las que proceden mal, aunque no sean casadas; que no hallará marido, por mucho que sea hermosa, moza y rica, porque ninguno allí se ríe de los vicios, no se llama vivir en el siglo el corromper y ser corrompido. Y aún hacen cosas mejor las ciudades donde solamente se casan las doncellas, y una sola vez se cumple y pasa con el deseo y esperanza de ser casada: de manera que como no tienen más de un cuerpo y una vida, así no han de tener más que un marido, para que no tengan más pensamiento de casarse ni más deseo de ello, y que no le amen como a marido, sino como a matrimonio. Tiénese por gran pecado entre ellos dejar de engendrar, y contentarse con cierto número de hijos, o matar algunos de ellos. Y pueden allí más las buenas costumbres que en otras partes las buenas leyes.

Andan los niños en todas las casas sucios y desnudos, y vienen a tener aquellos miembros y cuerpos tan grandes de que nos admiramos. Cada madre cría sus hijos y les da leche, y no los entregan a esclavas ni amas. Con el mismo regalo se crían los hijos de los esclavos que los del señor, sin que en esto se diferencien los unos de los otros. Viven y andan todos juntos entre el ganado y en la misma tierra, hasta que la edad divide los libres de los que no lo son, y la virtud los da a conocer. Llegan tarde a mujeres, y por eso conservan más largo tiempo la flor de la juventud. Tampoco se dan prisa en casar las hijas. Gozan de la misma juventud, y tienen semejante grandeza de cuerpo, y júntanse de una edad, y ambos fuertes, y así los hijos sacan las fuerzas de los padres. A los hijos de la hermana se hace la misma honra en casa del tío que en la de sus padres. Algunos piensan que este parentesco es el más estrecho e inviolable, y cuando han de recibir rehenes, los piden más que a otros; porque les parece que estos les serán más firmes prendas, como más queridos, así en la familia del padre como en la del tío. Todavía los hijos son herederos y sucesores de los padres, y no hay entre ellos testamento. A falta de hijos suceden primero los hermanos, y luego el tío de parte de padre, y después el de parte de madre. Los viejos en tanto tienen más gracia y favor, en cuanto tienen más deudos y mayor número de parientes por afinidad. El no tener hijos no causa respeto ni admiración.

Es fuerza ser enemigo de los enemigos del padre o pariente, y amigo de sus amigos. Pero no duran, sin poderse aplacar, las enemistades; porque todos los agravios y aún el homicidio se recompensan por cierto número de ganado<sup>22</sup>, y toda la

<sup>21</sup> Esta costumbre, traída a las Galias por los conquistadores germanos, se conservó en Francia en un gran número de ciudades hasta el siglo XV.

<sup>22</sup> Estas especies de rescate de sangre por las multas fue conservado por el derecho criminal de la Edad Media.



familia recibe la satisfacción; cosa muy útil para el bien público, porque las enemistades entre hombres que viven en libertad son más peligrosas. No hay nación más amiga de fiestas y convites, ni que con mayor gusto reciba los huéspedes. Tiénese por cosa inhumana negar su casa a cualquiera persona. Recíbelos cada uno con los manjares que mejor puede aparejar según su estado y hacienda. Y cuando no tiene más que darles, el mismo que acaba de ser huésped los lleva y acompaña a casa del vecino, donde, aunque no vengan convidados (que esto no hace al caso), los acogen con la misma humanidad, sin que se haga diferencia cuanto al hospedaje entre el conocido y el que no lo es. Es costumbre entre ellos conceder cualquiera cosa que pida el que se parte, y la misma facilidad tienen en pedirle lo que les parece. Huelgan de hacerse dádivas y presentes los unos a los otros; pero si zahieren los que dan, ni se obligan los que reciben. Tratan cortésmente a sus huéspedes en todo lo necesario para la vida.

Al levantarse de la cama, en que se están casi siempre hasta muy entrado el día, se lavan, y las más veces con agua caliente, por ser en aquella tierra la mayor parte del tiempo invierno. Después de lavados, se sientan a comer cada uno en su asiento y mesa aparte, y habiendo comido, se van armados a sus negocios; y de esta manera también muchas veces a los banquetes. No tienen por deshonoroso pasar el día y la noche bebiendo. Son muy ordinarias las riñas y pendencias, como entre borrachos, que pocas veces se suelen acabar con palabras, y las más con heridas y muertes. Y también tratan en los banquetes de reconciliarse los enemigos, de hacer casamientos y elegir príncipes; y en fin, muchas veces de las cosas de la paz y de la guerra; como si en ningún otro tiempo estuviera el ánimo más capaz de buenos y sencillos pensamientos, ni más pronto y encendido para grandes empresas. Y esta gente que de suyo no es astuta ni sagaz, descubre también los secretos de su pecho con la licencia que le da el lugar. Y aquello que todos han descubierto y manifestado de su ánimo, puede retractarse al día siguiente, porque se tienen consideración y respeto con ambos estados. Proponen y votan cuando no saben fingir, y resuelven y determinan cuando no pueden errar.

Hacen una bebida de cebada y trigo, que quiere parecerse en algo al vino. Los que habitan cerca de la ribera del Rin compran éste. Sus comidas son simples; manzanas salvajes, venado fresco y leche cuajada. Sin más aparato, curiosidad ni regalo matan el hambre; pero no usan de la misma templanza contra la sed. Y si se les diese a beber cuanto ellos quisieran, no sería menos fácil vencerlos con el vino que con las armas.

Sus fiestas y juegos son siempre los mismos en cualquier junta. Algunos mancebos desnudos que tratan de este juego, se arrojan saltando entre las espadas y las frameas. El ejercicio les ha dado el arte para hacerlo bien, y el arte la gracia: pero no lo hacen por ganancias o salario: aunque es precio y paga de aquella su temeraria lozanía el gusto y aplauso de los que lo miran. Y es cosa de maravillas el que se entregan a los juegos de azar con la mayor seriedad y lucidez y con tanta codicia y temeridad de ganar y perder, que cuando les falta qué jugar, la última parada y apuesta es la libertad y el cuerpo. El vencido se hace esclavo de su propia voluntad, y aunque sea más mozo y más robusto, se deja atar y vender: que tanta obstinación tienen en cosa tan mala, que ellos llaman guardar la fe y palabra. Truecan de buena gana los esclavos de esta calidad, por librarse también de la vergüenza que causa tal victoria.

No se sirven de los demás esclavos, como nosotros, empleando a cada uno en las tareas domésticas; dejan a cada uno de ellos vivir aparte, y que trabaje para sí; y el señor les carga cierto pensión de grano, ganado o vestidos, como a un labrador; y

con esto no tiene el esclavo que obedecerle en más. Los otros oficios de la casa los hacen la mujer y los hijos. Pocas veces azotan a los esclavos, ni les ponen en cadena, ni los condenan a trabajar. Suelen matarlos, no por castigo ni severidad, sino cuando los ciega el enojo y la cólera, como pudieran hacerlo con un enemigo, pero sin recibir pena por ello. Los libertos son poco más estimados que los esclavos, y pocas veces tienen influencia en la casa de los amos, y nunca en las ciudades, salvo en aquellas en que mandan reyes. Que allí pueden más que los libres y más que los nobles. En todas las demás, la desigualdad de los libertos sirve para conocer los que son libres.

Aquí no se sabe qué cosa es dar y tomar a interés, ni acrecentar el caudal con usuras; y por esto se usa menos que si fuera prohibido. Cada lugar toma tanta tierra para labrar<sup>23</sup>, cuanto tiene hombres que la labren; y la reparten después entre sí, conforme a la calidad de cada uno, y es fácil la repartición por los muchos campos que hay. Mudan cada año de heredades, y siempre les sobra campo: porque no procuran acrecentar la fertilidad y cantidad de la tierra con el trabajo e industria, plantando árboles, cercando prados y regando huertas. Sólo se contentan con que la tierra les dé grano: y así no reparten el año con tantas partes. Conocen el invierno, primavera y estío, y saben sus nombres; el del otoño no le saben ni sus bienes.

Ninguna ambición tienen en sus entierros. Sólo para quemar los cuerpos de los hombres ilustres usan de cierta leña especial. No echan sobre la hoguera vestidos no cosas olorosas. Sólo queman con los muertos sus armas y con algunos sus caballos. Hacen los sepulcros de céspedes. Y menosprecian los monumentos grandes y de mucha obra, como enfadosos y pesados a los difuntos. Dejan presto las lágrimas y llanto, y tarde el dolor y la tristeza. Tienen por cosa honesta y conveniente para las mujeres el llorar; y para los hombres el acordarse de los difuntos. Esto es lo que en general he sabido del origen y costumbres de los Germanos. Ahora diré de los institutos y usos de cada gente de ellos, y en qué se diferencian los unos de los otros; y asimismo las naciones que de Germania pasaron a las Galias.

El divino Julio, príncipe de los autores, escribe que antiguamente la potencia de los Galos fue mayor; y por esto es cosa creíble que también ellos pasaron a Germania: porque, ¿cuánto era lo que podía estorbar ni impedir el río, para que cada nación, a medida que se hacía poderosa, no dejase sus tierras y ocupase las ajenas, que aún eran comunes y no divididas no defendidas por la potencia de los reinos? Y así los Helvecios ocuparon la tierra que hay entre la selva Hercinia y el río Meno y el Rin, y los Boyos pasaron más adelante, y ambas naciones son Galas. Y aún ahora dura el nombre de Boyasmo<sup>24</sup>, que es memoria de aquella nación, aunque los que le habitan son ya otros. Es cosa incierta si los Araviscos, dividiéndose de los Osos<sup>25</sup>, que es nación de Germania, pasaron a Panonia, o si los Osos, dejando a los Araviscos, vinieron a Germania: porque ambas gentes tienen aún ahora el mismo lenguaje, y las mismas ordenanzas y costumbres; y porque viviendo antiguamente en una gran pobreza y libertad, eran unos mismos los bienes y los males de una orilla y de la otra. Los Treveros y los Nervios<sup>26</sup> desean y procuran con gran ambición que su origen sea

---

<sup>23</sup> César explica esta costumbre en su obra de *Bello Galico*, VI 2.

<sup>24</sup> Este nombre significa habitación o morada de los Boios, y se deriva de Boii y el alemán *Heim*, que sólo se emplea como adverbio, y equivale a la casa, a la mansión.

<sup>25</sup> Tácito dice que los Osos son de raza panonia, sin que se sepa nada más de este pueblo. En cuanto a los Araviscos, Plinio los coloca en las orillas del Drave y del Save, en Panonia.

<sup>26</sup> Los primeros, como lo indica su nombre, ocupaban el país de Tréveris, y se extendían desde el Mosa al Rin. Los segundos habitaban la parte de la Galia Bélgica donde están situados Cambrai y Tournai.

de Germania; como si por esta gloria de la casta dejaran de parecerse a los Galos en el talle y en la flojedad. Los Vangiones, Trebocos, y Nemetes<sup>27</sup>, que habitan la ribera del Rin, sin duda son Germanos. Ni los Ubios tampoco, aunque merecieron ser colonia de los Romanos y se llamen de mejor gana Agripinenses<sup>28</sup>, del nombre de su fundadora, se avergüenzan de su origen, que es de los Germanos. Que habiendo éstos pasado antiguamente el Rin, por las muchas pruebas que hubo de su fidelidad, los pusieron sobre la misma ribera, no para ser guardados, sino para que la guardasen de los demás.

Los Batavos<sup>29</sup> son los más valerosos de estas naciones. No tienen mucha tierra en la ribera del Rin; pero ocupan una isla de él. Antiguamente fue pueblo de los Catos, y por las disensiones que hubo entre ellos, llegaron a establecerse en lo que había de ser parte del imperio romano. Quédales la honra y el testimonio de la compañía antigua, porque no los tratan con menosprecio como a vencidos con la carga de los tributos, ni los cobradores de tributos los maltratan. Viven libres de cargas y de imposiciones, y solamente apartados de los demás para el uso de las batallas, se guardan y reservan como armas para las guerras. Este mismo reconocimiento hacen los Maticos<sup>30</sup>. Que la grandeza del pueblo romano llegó a extender la reverencia y respeto del imperio más allá del Rin y de los términos antiguos. Y así, aunque viven de la otra parte en su ribera y términos con todo eso se nos inclina su ánimo y voluntad. Y en todo lo demás son semejantes a los Batavos, salvo que, como gente que goza del suelo y cielo de su tierra, son más animosos y feroces. No contaré entre los pueblos de Germania los que cultivan los campos decimales<sup>31</sup>, aunque tengan su asiento de la otra parte del Rin y del Danubio. La gente más liviana y perdida de los Galos, y a quien daba osadía su pobreza, ocupó estas tierras de dudosa posesión; y como después se alargaron los términos del imperio, y las guarniciones se establecieron más adelante, se hallan ahora en medio de él, y son tenidos por parte de la provincia.

Más allá de éstos habitan los Catos, comenzando su asiento desde la selva Hercinia, fuera de la cual no poseen nada. Son los de esta nación de cuerpos más robustos, de miembros recios, y de aspecto feroz y de mayor vigor de ánimo. Tienen mucha industria y astucia para ser Germanos: porque dan los cargos a los mejores, obedecen a sus capitanes, guardan sus puestos, conocen las ocasiones, difieren el ímpetu, reparten el día, fortifican de noche, cuentan la fortuna entre las cosas dudosas, y la virtud entre las seguras y ciertas, y lo que es más raro, y que no alcanza sino por razón de la disciplina militar, confían, más fundamento en el capitán que en el ejército. Toda su fuerza consiste en la infantería, la cual, además de las armas, lleva también su comida y los instrumentos de hierro para las obras militares.

---

<sup>27</sup> Los primeros, según D`Anville, habitaban en la comarca de Espira y Worms; los segundos en las inmediaciones de Estrasburgo, y los últimos más abajo siguiendo la corriente del Rin. Estos tres pueblos pelearon con Ariovisto contra los Romanos.

<sup>28</sup> Del nombre de Agripina, hija de Germánico y esposa de Claudio, que estableció una colonia romana en la ciudad de los Ubios, hoy Colonia.

<sup>29</sup> Ignórase en qué época tuvo lugar su emigración. César los encontró ya establecidos entre el Mosa y el Valh, que es un brazo del Rin.

<sup>30</sup> Habitaban en la orilla derecha del Rin, en las orillas del Lahn, del Mein y del Eder.

<sup>31</sup> *Decumates agros* o sea las tierras que pagaban un diezmo a los Romanos para que les protegiesen contra las incursiones de los Germanos. Los críticos andan discordes en fijar el punto donde estaban situados. Según Malte-Brun las ruinas que se ven aún en las cercanías de Wiesbaden, Francfort y Aschaffenburg deben ser restos de la muralla que rodeaba dichas tierras.

Los otros Germanos parece que van a dar batalla, y los Catos a hacer la guerra. Hacen pocas correrías y escaramuzas, y peleas casuales. Esto es propio de la caballería, hacer presto su efecto y retirarse enseguida. La prisa anda cerca del temor, y la dilación de la constancia.

Lo que entre otras naciones de Germania se hace pocas veces, y eso por la osadía de algunos, entre los Catos está ya introducido por común consentimiento de todos; y es que los mancebos dejen crecer el cabello y la barba, y que no se quitan aquella figura de la cara y cabeza, como voto y obligación que hacen a la virtud, sino es habiendo muerto algún enemigo. Cuando han cumplido su deseo y voto, puestos sobre la sangre y despojos del enemigo, descubren la frente, y dicen que entonces han satisfecho a la obligación de haber nacido, y que son dignos de su patria y de su padre. Los flojos, flacos y cobardes, y que son inútiles para la guerra, quedan siempre en aquella suciedad. Los más fuertes traen también un anillo de hierro, que es cosa afrentosa para aquella gente, como por prisión, hasta desatarse de ella con haber muerto algún enemigo. Son muchos de los Catos los que gustan de este traje; y con esta insignia llegan a encanecer, y son mirados y respetados de los enemigos y de los suyos. Estos son siempre los que comienzan las batallas. De éstos se forma siempre el primer escuadrón nuevo en la vista, porque ni aún en tiempo de paz se les quita ni disminuye aquel aspecto horrible y espantoso. Ninguno de ellos tiene casa o heredad, ni cuidan de ello: donde quiera que llegan, los reciben y sustentan, pródigos de los bienes ajenos y despreciadores de los propios, hasta que con la vejez pierden la sangre, y con ella se reducen a estado de no poder llevar tan áspera y rigurosa virtud.

Tras los Catos están los Usipios y los Tencteros<sup>32</sup> a la ribera del Rin, donde corre ya fijo por un grave cauce que puede servir de término. Los Tencteros, además de la reputación que han alcanzado en la guerra, tienen grande ventaja en la caballería; la cual no es menos estimada que la infantería de los Catos. Sus antepasados la instituyeron, y los descendientes los imitan. Estos son los juegos de los niños, las competencias de los mancebos, en que perseveran aún después de viejos. Dánse los caballos por parte de la herencia; pero no, como las demás cosas al hijo mayor, sino al que se muestra feroz y mejor para la guerra.

Tras los Tencteros se encontraban antiguamente los Bructeros, cuyas tierras se dice que ocupan ahora los Camavos y Angrivarios<sup>33</sup>, habiendo echado de ellas, y destruido totalmente a los Bructeros con consentimiento de las naciones comarcanas, o por el odio que les tenían por su soberbia, o por codicia de la presa, o por favor particular que nos han querido hacer los dioses. Porque aún no nos negaron el espectáculo de la batalla, en que murieron sesenta mil de ellos, sin que interviniesen las armas de los Romanos, sino para gusto y recreación de nuestros ojos que es cosa más magnífica y gloriosa. Plegue a los dioses, si estas gentes no nos han de amar, que haya entre ellos siempre grandes aborrecimientos; pues que declinando los hados del imperio, ninguna cosa mayor nos puede dar la fortuna que discordias entre los enemigos.

Los Dulgvinos y los Casvaros<sup>34</sup> con otras naciones no tan nombradas cierran por las espaldas a los Angrivarios y Camavos, y por la frente los reciben los Frisones, que se llaman mayores y menores, según son más o menos poderosos. Estas dos naciones se van extendiendo junto al Rin hasta el Océano, y rodean también

<sup>32</sup> En el bajo Rin, delante y más abajo de Colonia.

<sup>33</sup> Los críticos creen encontrar el nombre de los primeros en el de Hamm, ciudad de Westfalia, orillas del Lippe; y el de los últimos en el de Angria, o ducado de Eugern.

<sup>34</sup> En las orillas del Weser y cerca de las fuentes del Lippe.

grandísimos lagos, por donde han navegado armadas romanas. Y también por aquella parte tentamos con la navegación el mismo Océano<sup>35</sup>. Y la fama publicó que había columnas de Hércules<sup>36</sup>, ya sea porque él haya llegado a aquellas partes, o que todas las cosas grandes, de común acuerdo las atribuimos a su gloria. No faltó osadía a Druso Germánico para averiguarlo, pero estorbáronselo las tempestades; de manera que parece que no quiso el Océano que se inquiriesen sus cosas ni las de Hércules. Después acá ninguno lo intentó, y ha parecido más religioso y más conforme a la reverencia que debemos a los dioses creer sus obras que querer saberlas.

Hasta aquí tuvimos conocimiento de Germania por el Occidente. Hacia el norte da un gran rodeo. Desde los Frisios comienzan luego los Chaucos<sup>37</sup>, que ocupan mucha más costa del mar y se van extendiendo al lado de todas las naciones que he nombrado, hasta que revuelven hacia los Catos. Y no sólo son señores los Chaucos de tan grande espacio de tierras, sino que las llenan. Este es un pueblo el más noble de toda Germania, y que prefiere conservar su grandeza con justicia que con fuerza; viven quietos y retirados, sin codicia y sin mal apetito; no buscan guerras, ni hacen robos ni latrocinios. Y el mayor argumento de su virtud y fuerzas es, que para ser superiores a todos, no hacen agravio a ninguno. Verdad es que tienen siempre todos prontos las armas. Y siendo necesario pueden armar ejército, porque tienen gran cantidad de caballos. Y estando sosegados y en paz, tienen la misma fama y reputación.

Al lado de los Chaucos y de los Catos habitaban los Cheruscos<sup>38</sup>, los cuales, no habiéndolos acometido nadie, gozaron largo tiempo de una duradera paz, que los fue marchitando. Y esto les fue más gustoso que seguro. Porque el estar sosegados entre vecinos poderosos e insolentes, es sosiego falso: donde se procede por armas, la bondad y modestia son los nombres de los superiores. Y así los Cheruscos, a los que antiguamente les decían buenos y justos, los llaman ahora necios, flojos y cobardes, y la fortuna de los Catos, que los dominaron, se convirtió en sabiduría. La ruina de los Cheruscos llevó tras sí a los Foscos<sup>39</sup> sus vecinos: y vinieron a ser igualmente compañeros suyos en las adversidades, habiendo sido menores en las prosperidades.

Los Cimbras<sup>40</sup> están en aquel mismo seno de Germania cercanos al Océano, y es ahora ciudad pequeña, pero de grande nombre. Y véanse grandes rastros de su antigua fama; y en ambas riberas hay ruinas de alojamientos, y espacios de ellos; por cuyo circuito ahora también podrá medirse la grandeza y multitud de su gente, y creer que tuvieron aquel grande ejército que se dice. Corría el año seiscientos y cuarenta de la fundación de nuestra ciudad, cuando se oyó hablar la primera vez de las armas siendo cónsules Cecilio Metelo y Papirio Carbón. Y si desde entonces contamos hasta el segundo consulado de Trajano, hallaremos casi doscientos diez años; y tantos ha que estamos conquistando a Germania. Y entre tan largo tiempo ha habido grandes daños y pérdidas de una parte y de otra. De manera que ni los

---

<sup>35</sup> Antes que Germánico, Druso y Tiberio habían navegado por el mar del Norte.

<sup>36</sup> Los antiguos colocaban columnas de Hércules donde quiera que creían encontrar los límites de la tierra.

<sup>37</sup> Ocupaban las costas del Océano desde la desembocadura del Ems hasta la del Elba.

<sup>38</sup> Entre el Vesper, el Aler y el Leine. La selva de Teutoburgo, donde permanecieron Varo y sus tres legiones, estaba situada en el país habitado por esta tribu.

<sup>39</sup> Ocupaban, según se cree, el principado de Hildesheim, donde corre el río Fuse.

<sup>40</sup> Ptolomeo coloca los Cimbras en el norte de Jutland, llamado Quersoneso Címbrico. Tácito parece situarlos más cerca del Elba, hacia los países de Holstein y Slesswig. Quizás comprende bajo el nombre de Cimbras todas las tribus que ocupaban aquella península, a la sazón muy poco conocida.

Samnitas, ni los Cartagineses, ni las provincias de España, ni las de las Galias, ni aún los Partos no dieron tan frecuentes advertencias de la flaqueza humana, ni nos mostraron más veces que no éramos invencibles; porque más dura y dificultosa cosa es de vencer la libertad de los Germanos que el reino de Arsaces<sup>41</sup>. Porque, ¿con qué otra cosa nos puede dar en rostros el Oriente abatido por Ventidio, sino con la muerte de Craso, habiendo también él perdido a Pacoro su rey a manos del mismo Ventidio? Pero los Germanos, habiendo preso o desbaratado a Carbón, y Casio y Scauro Aurelio, y Servilio Cepión, quitaron juntamente cinco ejércitos consulares al pueblo romano, y también a César le quitaron a Varo con sus tres legiones. Y no lo maltrataron y vencieron sin recibir daño Cayo Mario en Italia, el divino Julio en las Galias, y Druso, Nerón y Germánico en sus propias tierras. Y después de esto se convirtieron en burla y escarnio las grandes amenazas de Cayo César<sup>42</sup>. Desde entonces hubo ociosidad, y no se movieron, hasta que con la ocasión de nuestra discordia y de las guerras civiles, habiendo ganado los alojamientos donde invernaban las legiones, desearon y procuraron también sujetar las provincias de las Galias, de donde después fueron echados. Y poco tiempo ha se triunfó de ellos sin haberlos vencido<sup>43</sup>.

Ahora hemos de decir de los Suevos<sup>44</sup>, los cuales no son una gente sola, como los Catos o los Tencteros, sino muchas y diferentes naciones, y con propios nombres cada una, aunque en común se llaman Suevos, y ocupan la mayor parte de Germania. La insignia de esta gente es enrizarse el cabello y atarle con un nudo. Con esto se diferencian los Suevos de los demás Germanos, y los libres de ellos de los esclavos. Entre las otras gentes se usa poco esto, sino algunos que han emparentado con los Suevos, o por imitarlos, como se suele, pero ninguno lo hace pasados los años de la mocedad. Los Suevos aún después de canos andan con el cabello en aquella forma, que causa horror, echado atrás sobre la espalda, y muchas veces le atan solamente en lo alto de la cabeza. Los príncipes le traen con más curiosidad, y este cuidado tienen de la compostura de su rostro, pero sin mala intención ni culpa; porque no se adornan de esta manera para amar o ser amados, sino que habiendo de ir a las batallas, piensan que con traer el cabello levantado en esta forma han de causar terror al enemigo cuando pusiere los ojos en ellos.

Los Semnones<sup>45</sup> dicen que son ellos los más antiguos y más nobles de los Suevos, y confírmase la fe de su antigüedad con su religión. Que en cierto tiempo del año se juntan todos los pueblos de aquella nación por sus embajadores en un bosque consagrado a sus antepasados con supersticiones y agüeros, y matando públicamente un hombre por sacrificio, celebran con esto los horribles principios de su bárbaro rito. Reverencian asimismo este bosque sagrado con otra ceremonia. Que ninguno entra en él sino atado, como inferior, y mostrando y confesando en eso la potestad de Dios. Y si alguno se cae por casualidad no es lícito levantarse, y se ha de ir revolcando por el suelo. Y toda esta superstición se endereza a mostrar que de allí ha tenido origen su gente, y que Dios, señor de todos, habita allí, y que todas las demás cosas le

---

<sup>41</sup> El fundador del reino de los Partos, que había arrancado la dominación de los Seleucidas.

<sup>42</sup> Alude a la ridícula expedición de Calígula.

<sup>43</sup> Alusión al triunfo, más ridículo aún que la expedición a que se refiere la anterior nota, conque celebró Domiciano victorias que no había alcanzado, y de que se burló el mismo Tácito en su *Agrícola*, 39.

<sup>44</sup> Tácito da el nombre de Suevos a todos los pueblos que habitaban entre el Elba y el Oder, y hasta a los de la Escandinavia.

<sup>45</sup> Habitaban, según Cuvier, entre el Elba, el Oder, el Vartha y el Vístula, ocupando por consiguiente parte del Brandeburgo, de la Silesia, de la Sajonia y de la Misnia.

están sujetas y obedientes. Añade autoridad a esto la multitud de los Semnones, porque habitan cien ciudades, y por su grandeza se tienen por cabeza de los Suevos.

Y por el contrario ennoblece a los Longobardos<sup>46</sup> su poco número: porque estando rodeados de muchas y muy belicosas naciones, se conservan y están seguros, no con sumisión y obediencia, sino con batallas y peligros, y poniéndose en ellos. Los Reudignos, Aviones, Anglos, Varinos, Eudoses, Suardones y Nuitones<sup>47</sup> están cercados y amparados de ríos y de bosques. Ninguno de ellos tiene en particular casa notable. Todos en común adoran a Hestha, que significa la Madre Tierra, la cual piensan que interviene en las cosas y negocios de los hombres, y que entra y anda en los pueblos. En una isla del Océano hay un bosque llamado Casto, y dentro de él un carro consagrado cubierto con una vestidura: no es permitido tocarle sino a un sacerdote. Este conoce cuando la diosa está en aquel sagrario, y con mucha reverencia va siguiendo el carro que tiran vacas. Son días alegres y regocijados y lugares de fiesta todos aquellos donde tiene por bien llegar y hospedarse. Y no tratan de cosas de guerra<sup>48</sup>, ni toman las armas, y todo género de ellas está encerrado; y solamente se busca y ama la paz y quietud, hasta que el mismo sacerdote vuelve la diosa a su templo harta y cansada de la conversación de los hombres. Y luego se lava en un lago secreto el carro y la vestidura, y la misma diosa, si se los quiere creer. Desempeñan este ministerio unos esclavos, los cuales traga el mismo lago: de donde les viene a ellos un oculto terror y una santa ignorancia de qué pueda ser aquello que ven solamente los que han de perecer.

Y esta es la parte de los Suevos que se extiende más adentro de la Germania. La más cercana ciudad (para seguir ahora el Danubio, como antes seguí el Rin) es la de los Hermunduros<sup>49</sup>, gente fiel a los Romanos, y por eso ellos solos entre los Germanos negocian y tratan no solamente en la ribera, sino más adentro, y hasta en la insigne y famosa colonia de la provincia de Retia. Pasaron por todas partes sin llevar guarda. Y siendo así que a las otras naciones de la Germania enseñamos solamente nuestras armas y los alojamientos, a estos abrimos nuestras casas y heredades, pues no las codician. En la tierra de Hermunduros nace el río Albis<sup>50</sup>, tan celebrado y conocido en otro tiempo, pero ahora no más que de oídas.

Junto a los Hermunduros habitan los Nariscos, y luego los Marcomanos y los Cuados<sup>51</sup>. La principal gloria y fuerza son las de los Marcomanos los que ganaron con

<sup>46</sup> Tiberio, reinando Augusto, les obligó a retirarse más allá del Elba; así, pues, el país que sucesivamente ocuparon en una y otra orilla debió comprender una parte al menos del ducado de Magdeburgo y de la Marca Media. Por los años de 568 a 572 su rey Alboin, abandonando la Panonia, donde hacía 42 años que se había este pueblo establecido, conquistó toda la Italia superior y fundó en ella el reino de los Lombardos, que fue dos siglos después destruido por Carlomagno.

<sup>47</sup> De todos estos pueblos, excepto los Anglos, únicamente conocemos los nombres. Es sin embargo indudable que habitaban entre el Oder, el Elba y el Báltico, y por consiguiente ocupaban el actual Mecklemburgo y parte del Holstein.

<sup>48</sup> Gibbon supone que la *tregua de Dios* no fue más que una imitación de esta antigua costumbre germana. Nosotros creemos que esta analogía es puramente casual, y que la *tregua de Dios* nació del cristianismo. El gran defecto de aquella escuela histórica es haber dado sobrada importancia a los elementos *germano* y *romano* y poca al *cristiano*.

<sup>49</sup> Ocupan parte de la Bohemia y de la Misnia.

<sup>50</sup> Las palabras de Tácito "tan celebrado y conocido en otros tiempos, pero ahora no más de oídas", deben de referirse a las expediciones de Druso en tiempo de Augusto.

<sup>51</sup> Los Nariscos ocupaban la parte de la Baviera que se extiende entre la Bohemia y el Danubio; los Marcomanos, la Bohemia, de la cual habían arrojado a los Boios; y los Cuados, la Moravia y una porción de Austria, entre el Danubio y la Moravia.

su valor la misma tierra que poseen, echando de ella a los Boyos: pero no degeneran de ellos los Nariscos y los Cuados. Esta es la frontera de Germania por la parte que la ciñe el Danubio. Los Marcomanos y Cuados tuvieron hasta el tiempo de nuestra memoria<sup>52</sup> reyes de su misma gente. Fue noble entre ellos el linaje de Maroboduo y Tudro. Ahora sufren ya imperio de extranjeros, pero la fuerza y poder de sus reyes depende de la autoridad romana. Pocas veces les ayudamos con nuestras armas, pero muchas más con dinero.

No son menos poderosos<sup>53</sup> los Marsignos, Gotinos, Osos y Burios, que cierran por las espaldas los Marcomanos y Cuados<sup>54</sup>. Dos de los cuales, los Marsignos y Burios, se parecen a los Suevos en el traje y lengua. Los Gotinos por la lengua gálica que hablan, y los Osos por la panónica muestran no ser Germanos; y también porque sufren tributos, los cuales, como a extranjeros, les cargan los Sármatas, y parte los Cuados, a los Gotinos, para avergonzarlos más los obligan a trabajar en las minas de hierro. Tienen todos estos pueblos poca tierra llana; pero hicieron asiento en bosques y en las cumbres de los montes; porque éstos se continúan hasta el fin de la Suevia, y la dividen por medio. De la otra parte de estas montañas viven otras muchas gentes, entre las cuales la de los Ligios<sup>55</sup> es la de mayor nombre y que se extiende por más ciudades. Bastaría que mencione las más poderosas, que son los Arios, Helveconas, Mánimos, Ensios, Naharvalos. En la tierra de los Naharvalos hay un bosque de antigua religión a cargo de un sacerdote que anda con vestido femenino. Los dioses de él, según la interpretación romana, dicen que son Cástor y Pólux, y el nombre de aquella deidad es Alcís. No tienen imágenes suyas, ni hay rastros de superstición extranjera, pero son adorados como hermanos y como mozos. Y los Arios además de aventajar en fuerzas a los pueblos que hemos nombrado poco ha, siendo feroces, ayudan su fiereza natural con el arte y con el tiempo. Traen los escudos negros y teñidos, y escogen las noches más oscuras para las batallas; y con el mismo terror y figura de este ejército funeral causan espanto, no pudiendo ninguno de los enemigos sufrir aquella nueva vista que parece como infernal. Porque los ojos son los primeros que se vencen en las batallas. Tras los Ligios siguen los Gotones<sup>56</sup>, a quienes mandan reyes; y aunque están algo más sujetos que las demás naciones de Germania, no les han quitado aún del todo la libertad. En la costa del Océano habitan los Rugios y Lemovios<sup>57</sup>; y todas estas gentes obedecen a reyes, y usan escudos redondos y espadas cortas.

Y luego en el mismo Océano tienen sus ciudades los Suyones<sup>58</sup>, gente poderosa en soldados y armadas. Sus navíos se diferencian de los nuestros en que

<sup>52</sup> Las palabras de Tácito *usque ad memoriam nostram*, no significan hasta el tiempo en que él escribía, esto es en el 98 ó 99, sino hasta en el que se conservaba el recuerdo. En 99 hacía ya mucho tiempo que los Marcomanos no tenían reyes de su nación. Deben explicarse las palabras de Tácito por los hechos que él mismo cuenta en sus *Anales*, y de los cuales resulta que desde el año 20 de la era cristiana los Marcomanos obedecían a Vibilio, rey de los Suevos Hermunduros.

<sup>53</sup> En las ediciones que tenemos a la vista, la cláusula *nec minus valent*, cierra el apartado, y por consiguiente se refiere a los pueblos de que se ha hablado antes. Esta lección nos parece más fundada, y por esto la aceptamos en la presente edición.

<sup>54</sup> Los Marsignos habitarían probablemente una parte de la actual Silesia; los Gotinos estarían a la derecha de los Marsignos; los Osos ocuparían una parte de la Galitzia y tal vez de la alta Silesia, y los últimos las fronteras de la actual Moravia.

<sup>55</sup> En las orillas del Vístula.

<sup>56</sup> Cerca del Vístula, al Sur de los Estienos y de los Venetos.

<sup>57</sup> Los primeros han dado su nombre a la ciudad de Rugenwalde, en Pomerania, y a la isla de Rugen. De los últimos nada se sabe.



tienen proa en ambas partes, para poder por cualquiera llegar a abordar y a tierra. No usan de velas, ni llevan los remos atados por los costados, sino sueltos y libres, para poderlos mudar al lado que fuere menester como en la navegación de algunos ríos. También entre ellos tienen honra y estimación las riquezas, y por esto los manda uno solo; no por permisión suya y por el tiempo que les parece, sino con absoluto poder, sin excepción alguna. Y no se les permite, como a los demás Germanos, el uso de las armas indiferentemente (y que cada uno las traiga y tenga en su casa), sino que están cerradas, con guarda permanente de un esclavo. Porque el Océano prohíbe las entradas y acontecimientos repentinos de enemigos; y verdaderamente los hombres con armas en las manos, estando ociosos, fácilmente se dan al vicio y causan desórdenes. Y no es provechoso para los reyes entregar la guarda de las armas al noble ni al libre, ni aún al libertino.

Más allá de los Suyones hay otro mar tan tranquilo<sup>59</sup>, que casi no se mueve; y se cree que es el que cerca y ciñe la redondez de la tierra, porque después de puesto el sol se ve siempre aquel su resplandor que deja hasta que vuelve a nacer, de manera que oscurece las estrellas. Y también hay opinión que se oye el ruido que el sol hace al zambullirse en el Océano, y que se ven las figuras de los dioses, y los rayos de la cabeza; y es la fama que hay, y verdadera, que hasta allí y no más llega la naturaleza. En la costa del mar Suévico a mano derecha habitan los Estios<sup>60</sup>. Los cuales tienen los ritos y hábitos de los Suevos, y en la lengua se parecen más a los Bretones. Adoran a la Madre de los dioses. Y por insignia traen unas figuras de jabalíes. Y esto les sirve de armas y de seguridad y defensa aún entre los enemigos. Usan poco de hierro y mucho de varas. Y trabajan más y con más cuidado y sufrimiento en cultivar la tierra y sembrar granos y otros frutos, que lo que acostumbra la pereza de los demás Germanos. Navegan también por el mar, escudriñando sus secretos. Y ellos solos cogen en los bajíos y en la misma costa el ámbar amarillo, que llaman gleso. Pero como son bárbaros nunca han procurado saber, no hallado lo que es ni cómo se engendra. Durante mucho tiempo lo solían dejar entre las otras inmundicias que la mar echa, hasta que nuestro apetito y superfluidad le puso nombre y estimación. Ellos no lo usan; cógenle tosco, y como le han hallado nos le traen sin darle otra figura o forma, y maravillanse del precio que reciben por él. Pero bien se puede entender que es licor de algún árbol, porque muchas veces se echan de ver en medio de él algunos animalejos yavecillas, que habiéndosele pegado, se quedan después allí encerrados cuando se endurece la materia. Yo creería que, como en algunas partes secretas del Oriente se hallan arboledas que producen el incienso y el bálsamo, así también pueden tener árboles más fértiles en las selvas y bosques de las islas y tierra firme del Occidente, cuyos licores, secados por los rayos del sol que tienen cerca, vienen a caer en la mar junto a ellos, de donde las tempestades y vientos los echan en las otras cosas que estén enfrente. Si se prueba la naturaleza del ámbar pegándole fuego, hallaremos que se

---

<sup>58</sup> Créese generalmente que los Suyones son los ascendientes de los *Sueci* o Suecos. Esta idea, bastante verosímil, conduce naturalmente a buscar los Suyones en la Suecia, o cuando menos en sus provincias menos apartadas, tales como las de Escania, Halland, Westrogotia, y en las islas de Dinamarca.

<sup>59</sup> Probablemente el canal de Jutlandia y la parte del mar del Norte que baña la Noruega al Oeste. En los lugares de que habla Tácito se veía el sol ocultarse y durar toda la noche la luz del crepúsculo: observación que conviene perfectamente a la altura de los *belts*, donde en los largos días de verano el sol desciende tan sólo a once grados debajo del horizonte, y las noches son iluminadas por el crepúsculo.

<sup>60</sup> En las orillas occidentales del golfo de Dantzig.

enciende como tea, y hace una grasa llana y olorosa, y después se ablanda y derrite, quedando como pez o resina. Confinan con los Suyones las gentes de los Sitones<sup>61</sup>, los cuales se les parecen en todo lo demás, y sólo se diferencian en que los señorea una mujer: que tanto como esto degeneran, no solamente de la libertad, sino de la servidumbre misma. Aquí es el fin de la Suevia.

Estoy en duda si pondré las naciones de los Peucinos, Venedos y Fennos<sup>62</sup>, entre los Sármatas o entre los Germanos, aunque los Peucinos, a que algunos llaman Bastarnas, viven como los Germanos en la lengua y hábito, y asiento y casas. La suciedad y entorpecimiento es común a todos. Y habiendo los principales de ellos emparentado con los Sármatas<sup>63</sup>, se han corrompido algo, haciéndose a su manera de vida. Los Venedos han tomado mucho de sus costumbres, porque, como salteadores, corren todos los montes y sierras que hay entre los Peucinos y los Fennos. Pero con todo eso se cuentan éstos más por Germanos, porque fabrican casas, y traen escudos, y se huelgan de caminar a pie, y son ágiles; todo lo cual es diferente en los Sármatas, que viven en carros y andan a caballo. Los Fennos tienen una horrible fiereza, y una pobreza cruel. No tienen armas, ni caballos, no casas; sustentanse con hierba, vístense de pieles, y la tierra les sirve de cama. Consiste toda su esperanza en las flechas, las cuales, a falta de hierro, arman con huesos. Los hombres y mujeres se sustentan de la caza; que ellas de ordinario los acompañan y les piden que les den parte. Los niños no tienen otro refugio ni acogida contra el agua y las fieras, sino algunas enramadas con que se cubren y amparan y a ellas acuden los mozos, y a ellas se recogen los viejos. Y les parece esto mayor felicidad que cansarse y gemir labrando los campos y fabricando las casas, y cuidar entre la esperanza y el miedo los bienes propios y ajenos. Y viviendo seguros para con los hombres y seguros para con los dioses, han alcanzado una cosa dificultosísima, o sea que ni tengan necesidad del deseo. Lo demás que se cuenta de la tierra y gente que habita más allá de las que he dicho, todo es fabuloso; es como decir que los Helusios y Oxionas tienen las cabezas de hombres y los cuerpos y miembros de fieras. Y así dejaré de tratar de esto, como cosa que no está averiguada.

Tácito, Cayo Cornelio. *Costumbres de los germanos*. En: Obras completas. Introd. J. Wight Duff; trad. Carlos Coloma. Buenos Aires, El Ateneo, 1952, pp. 723-750

---

<sup>61</sup> Los *Sitones*, cuyo nombre se encuentra en el de los Suevos, eran los habitantes de la Escandinavia. No pertenecían a la raza sueva, sino a la de los pueblos no Cimbrios ni Suevos a quienes empujaron éstos, en épocas muy remotas, parte hacia el Occidente y parte hacia el Norte. Más adelante se mezclaron con las tribus suevas, y entre otras con los Godos, que dejaron huellas de su nombre en la isla de Gotlandia.

<sup>62</sup> Estos pueblos habitaban al Este del Vístula y fuera de los límites de la Germania.

<sup>63</sup> Este nombre reemplaza al de Escitas, y se aplicó, como éste, a un gran número de pueblos derramados entre los Kárpato, el Bajo Danubio y el Ponto Euxino, extendiéndose a la derecha hacia el Cáucaso y el Volga, y a la izquierda en todo el Noroeste de Europa hasta el Báltico.